

Sugerencias para hacer una tesis doctoral

Ideas previas

Se ofrecen aquí algunas sugerencias para facilitar el trabajo a los doctorandos: no se trata de un método para seguirlo al pie de la letra, ni de un manual de instrucciones al que acudir para resolver problemas concretos, aunque algo de esto habrá. Obviamente, estos consejos servirán para cualquier escrito que necesite un mínimo de reflexión previa, *mutando mutandis*.

Desde un punto de vista práctico, el objetivo de una tesis se resume en *entender una idea, juzgarla y dar a conocer este juicio*. *Entender una idea* tiene un sentido muy amplio, que incluye cualquier tema susceptible de ser investigado: por ejemplo, algo tan poco atrayente como la correspondencia jurídica entre Newton y Leibniz; es importante darse cuenta desde el primer momento de que la *idea* nunca está dada hasta el último detalle: se construye a partir de una o muchas fuentes (habitualmente, textos escritos). *Juzgar la idea* es el núcleo de la tesis: supone que se ha entendido la idea y que se pueden apreciar aciertos y errores. Este juicio se relaciona con la especialidad: un doctorando en Derecho, p.ej., valorará la influencia de la correspondencia jurídica entre Newton y Leibniz en el derecho canónico del siglo XIX, un filósofo se fijará, tal vez, en su relación con el inmanentismo contemporáneo. Un biblista se habrá percatado, antes incluso de ponerse a trabajar, de que no hay materia para hacer una tesis *de su especialidad*. Por último, *dar a conocer este juicio* convierte el trabajo en una tesis doctoral: el juicio que hemos formado sobre la correspondencia entre Newton y Leibniz, expuesto según unas determinadas formas y hecho público en el contexto adecuado, nos hará poseedores del anhelado título de doctor.

Algunos rasgos de la tesis —especialidad, relator y tema— ya están dados en el momento de comenzar el trabajo. De hecho, es con lo único que contamos, normalmente; no obstante lo poco relevante que pueda parecer, cada uno de estos rasgos es muy útil: la *especialidad* proporciona tanto el enfoque para encarar la tesis como las herramientas de juicio que hay que emplear. El *relator* es el lector a quien nos dirigimos: esto es muy importante, ya que su dictamen es la única guía externa con que cuenta el doctorando. El *tema*, por último, es una formulación vaga y genérica de la *idea*, que corresponde al doctorando acotar y encauzar hacia la tesis doctoral.

Para lograr el objetivo de la tesis (*entender una idea, juzgarla y dar a conocer este juicio*) distinguiremos cuatro elementos que intervienen en el proceso de escritura: *documentación, investigación, ordenación y redacción*. El orden de los cuatro elementos es alfabético y, casualmente, cronológico. Sin embargo, en las páginas siguientes seguiré un orden jerárquico (investigación, ordenación, redacción, documentación), por un solo motivo: nunca podemos olvidar que **una tesis se investiga**.

Una última idea antes de entrar en materia: hay dos herramientas básicas para hacer una tesis. En primer lugar, un cuaderno (o carpeta con papel siempre disponible, o agenda electrónica, o lo que sea) que siempre esté al alcance de la mano: en conversaciones con el relator, en visitas a la biblioteca, durante la lectura o la revisión de lo escrito... En segundo lugar, un bolígrafo, pluma o lápiz, como es lógico.

Investigación

Quien se enfrenta con la tarea de redactar una tesis doctoral fácilmente cae en la *falacia del genio*: dado que 1) la tesis tiene que aportar algo original a la discusión científica, 2) la investigación está condicionada por unos plazos siempre estrechos, y 3) hay que alcanzar un número mínimo de páginas, sólo puede hacer un trabajo aceptable quien disfrute de una mente y una laboriosidad superior a la media. El resto, al parecer, tiene que conformarse con un trabajo mediocre y, siendo honrados, impresentable.

La realidad es muy diferente: cualquier persona que ha completado con provecho estudios superiores está en condiciones de estudiar con profundidad al menos un aspecto concreto de su especialidad, y exponerlo de forma mínimamente comprensible. Y esto es la investigación intelectual que, presentada en la debida forma, se llama **tesis**.

La investigación intelectual necesaria para llevar a cabo una tesis doctoral consiste principalmente en “ejercitar el entendimiento para alcanzar o comprender algo”; es decir, en *estudiar*. Evidentemente, no se habla aquí del estudio memorístico que se hace para aprobar, p.ej., el examen teórico del carnet de conducir, sino que nos referimos al estudio de un problema para encontrar una solución —en este sentido, la tesis se parece más al examen práctico del carnet de conducir—. Este tipo de estudio, por tanto, exige hábitos prácticos que faciliten el trabajo intelectual y que pueden resumirse en uno: *saber leer*. Una investigación intelectual sería, por tanto, comienza con una lectura aprovechada de los textos relevantes para el tema de la tesis: las fuentes.

Selección de las fuentes

Para leer con provecho, primero hay que seleccionar las fuentes — tarea diferente, como se verá, de la *documentación*—. Estas fuentes están delimitadas por el objeto de la tesis: en las conversaciones con el relator tienen que señalarse épocas, autores y temas que se van a tratar; si se da la afortunada circunstancia de que el relator —o el doctorando— tiene familiaridad con el objeto de la tesis, es habitual que se indiquen los textos concretos que se estudiarán. Siempre hay que preguntarse si las fuentes son accesibles: es decir, si es posible conseguirlas, si se pueden abarcar en un periodo de tiempo razonable, y —muy importante— si el idioma es comprensible para el doctorando o dispone de traducciones fiables. En la selección de las fuentes, el doctorando tiene que fiarse del relator: éste es más experto en la materia y sabe qué textos son útiles para el éxito de la investigación.

En ocasiones el relator indica una obra de consulta general, o una tesis previa: no se trata de una fuente, sino de una vía para llegar a las fuentes —ya sea porque incluya una buena bibliografía, ya sea porque exponga el estado de la cuestión. Otras veces, será el propio doctorando quien encuentre una de estas vías: que no dude en sacarle todo el partido que pueda.

Las fuentes seleccionadas son el origen de los datos del estudio: tienen que formar un grupo claro, que se pueda distinguir del resto de la bibliografía consultada. Sertillanges dice que la primera regla de la lectura es “lee poco”: es decir, selecciona muy bien lo que lees, y céntrate en tu investigación. Esto se aplica especialmente a la tesis: pueden surgir infinitas cuestiones más interesantes. Sin embargo, para terminar la tarea lo que hace falta es comprender bien las fuentes seleccionadas, para poder explicar correctamente su contenido y valorarlo. Otros problemas, por muy interesantes que parezcan, tienen que dejarse de lado.

Saber leer

Ya se han indicado dos elementos fundamentales para una buena lectura: el cuaderno y el bolígrafo —o similares—. El tercero, no menos importante, es la paciencia: Rafael Tomás Caldera afirma que “para leer bien, necesitamos al menos dos lecturas, es decir, recorrer dos veces el texto”. “Al menos” hay que tomarlo en sentido literal: es probable que sean necesarias más lecturas.

Una fuente —libro, artículo, manuscrito...— se lee con un solo objetivo: entender su contenido. No se trata de encontrar citas para la tesis, ni de confirmar nuestras propias ideas (dos errores muy frecuentes). Ni siquiera de disfrutar con la belleza del texto, si fuese el caso. Para investigar hay que mantener cierta frialdad, que esté por encima de las cualidades artísticas y de la necesidad de rellenar unas páginas: al leer nuestras fuentes queremos analizar, sintetizar y criticar el texto. *Analizar*, porque buscamos los elementos que forman el todo. *Sintetizar*, porque vemos el todo que sustenta los elementos. Y *criticar*, porque apreciamos lo que quiere decir y el valor que tiene para nuestra investigación.

La lectura comienza con el acercamiento al texto: título, índice, introducción, bibliografía... nos ubican en las cuestiones que se tratan, ofrecen una clave de lectura y, especialmente cuando se trata de bibliografía secundaria, nos permite seleccionar lo que nos interesa. Este acercamiento es una de las mejores formas de aprovechar el tiempo: se omite la lectura íntegra de un libro —o artículo, si tiene una buena síntesis—, pudiendo ir a lo esencial. Y evitamos el riesgo de despertar intereses que nos aparten de nuestro objetivo.

Una vez decidido que el texto en cuestión merece la pena leerlo, hay que armarse de papel y lápiz, para ir tomando notas. Estas son de muchos tipos: citas, ideas, ejemplos, críticas al texto... Las notas que tomemos prolongan la memoria, fijan el pensamiento y reflejan el trabajo que supone entender el texto. Por esto mismo, **las notas no son párrafos de la tesis**. Obligar al relator a seguir nuestra lucha con los textos se paga caro. Es decir, estas anotaciones son estrictamente personales, para facilitarnos a nosotros mismos la tarea de pensar.

Estas notas tienen que hacer referencia al texto que las ha provocado: autor, obra y página, al menos. Si lo que se toma es una cita, la referencia tiene que ser completa: con año, edición, revista, autores de la obra colectiva... todo lo que podamos necesitar más adelante: hombre prevenido vale por dos, y llega un momento en el que es necesario no perder tiempo buscando referencias. Una forma de incluir la referencia es escaneando el texto que nos interesa junto con la portada del libro, la página con los datos editoriales y el índice —si fuese necesario—. Es evidente que si se anota algo en un libro ajeno —se incluye en lo ajeno los libros de bibliotecas—, hay que hacerlo a lápiz y borrarlo cuanto antes.

En conclusión, al terminar de leer un texto, con la ayuda de nuestro cuaderno, tendremos, en primer lugar, la comprensión de su contenido; en segundo lugar, una opinión sobre su valor para nuestra tesis; en tercer lugar, una serie de referencias, ideas, impresiones y citas provocadas por ese texto. Esta es la base del trabajo futuro.

Pensar

Ramón y Cajal aconsejaba al investigador que “no vea ni considere otra cosa que lo relacionado con el objeto de estudio: en la cátedra, en el paseo, en el teatro, en la conversación, hasta en la lectura meramente artística, buscar la ocasión de intuiciones, de comparaciones y de hipótesis que le permitan llevar alguna claridad a la cuestión que le

obsesiona”. Sin convertirse en un maniático, quien está haciendo una tesis doctoral tiene siempre a la vista el tema de su investigación.

Buena parte del tiempo de investigación se irá en “estar pensando”, tarea que se puede hacer de muchos modos: sentado, caminando, escribiendo, hablando, o en silencio... Cada maestrillo tiene su librillo, pero un método bastante eficaz es ensayar una explicación del problema, por escrito u oralmente —en este caso, mejor que haya un interlocutor—. Esta explicación aclara el pensamiento, despierta soluciones y plantea nuevos problemas.

El cuaderno también recogerá este pensamiento: desde luego, si se hace escribiendo, es el sitio oportuno. En cualquier otro caso, una breve anotación, un resumen de lo tratado, un ejemplo que nos haya parecido oportuno... tiene que formar parte de la memoria extendida que son nuestras notas. Y, de nuevo, toda esta tarea no es aceptable para el texto de la tesis: se trata del trabajo previo, que nos permite aclararnos a nosotros mismos pero que no aguanta una lectura ajena —y, en la mayoría de los casos, tampoco una lectura propia—.

El pensamiento exige pausa: volver una y otra vez a los mismos problemas, dejar que reposen durante un tiempo y enfrentarlos de nuevo. En caliente —es decir, en mitad del trabajo— se pierde la perspectiva del conjunto, y es fácil ceder a la tentación de la solución inmediata: incrustar una cita o recurrir a un tópico, que son dos formas de desentenderse del problema, descargando la responsabilidad en un tercero. Una forma de obligarse a pensar —que es necesario muy a menudo— puede ser separarse del ordenador por un tiempo: unas horas, al menos, en las que el avance en la tesis sea sólo interior, meditativo. Este modo de proceder hace que el tema esté más dominado, de tal forma que las sucesivas revisiones no provocan grandes cambios; una consecuencia de esto es que a la larga se avanza más rápido y con pasos más seguros; lo que se escribe gana claridad, precisión y estilo. Y, sobre todo, se adquiere un hábito de estudio y reflexión que dura por siempre.

Ordenación

El segundo elemento que interviene en la escritura de una tesis doctoral es la ordenación —siempre según la importancia—: consiste en la disposición que queremos dar a nuestro trabajo, desde los aspectos más superficiales, como el número de páginas, hasta el orden de los argumentos dentro de un capítulo. Precizando un poco más, se puede distinguir entre un orden exterior y de un orden interior, muy relacionados entre sí, como se verá.

Orden exterior

Volumen de la tesis

Ante todo, hay que tener claro la extensión que queremos que tenga nuestra tesis: esto depende del tema, de la especialidad y del relator. Unos minutos en la biblioteca, ojeando tesis dirigidas por el mismo relator, pueden ser una valiosa fuente de información. Las ventajas de tener clara la extensión son dos: es más fácil señalar plazos y permite dividir la extensión de los capítulos.

Teniendo en cuenta que una Tesis Doctoral tiene entre 400 y 500 páginas y entre 120.000 y 150.000 palabras, una distribución orientativa sobre el tamaño de cada una de las secciones puede ser:

Índice: 420 palabras

Tabla de abreviaturas: 353 palabras

Introducción: 2.635 palabras

Si tiene seis capítulos: una media de 20.000 palabras por capítulo

Conclusiones: 4.168 palabras

Bibliografía: 7.247 palabras

Esto significa una media de 282 palabras por página en una tesis de 472 páginas.

Con estas coordenadas, escribiendo dos páginas por día —que es un ritmo de escritura asequible—se puede escribir una tesis como la del ejemplo en 236 días, aproximadamente ocho meses. Como referencia, un folio como el que tienes entre las manos pasa de las 500 palabras.

Los plazos están dados por el número de palabras: cada capítulo (20.000 palabras, ó 70 páginas) se puede escribir en poco más de un mes: lógicamente, hay revisiones y cambios en el proceso de escritura; sin embargo, el criterio general sigue vigente: hay que tener clara la meta desde el principio, de tal forma que se pueda tener el control en todo momento.

Lugar de trabajo

Otro aspecto del orden exterior es la distribución física del material: ya sea impreso, ya sea en formato digital, hay que dar un destino a cada una de las notas que tomemos. “La mejor manera de ordenar el material para una tesis es por montones, uno por cada capítulo, y cuando el montón es muy grande y resulta inmanejable, por secciones de capítulo, un montón para cada una. Guardaremos los montones de capítulos en la despensa, en una estantería, asignando un estante a cada uno o disponiendo de una caja para cada capítulo, donde vayamos dejando las fotocopias, las citas, los libros incluso con los que nos tropezamos y pensamos que podrían sernos de utilidad para la redacción de aquella parte. Encima de nuestra mesa de trabajo sólo podemos tener los papeles y libros que corresponden al capítulo que estamos escribiendo, o incluso a la sección concreta, mientras que el resto estará en su lugar en la estantería”. Pueden ser montones, archivadores, carpetas informáticas, o lo que cada uno considere más oportuno: lo fundamental es tener claro qué nos sirve para el trabajo concreto que tenemos entre manos. *Un peligro del ordenador es que se acumula la información al alcance de la mano, y esto puede terminar por retrasar la investigación.*

Junto con este orden claro, tener el material organizado desde el primer momento nos permitirá avanzar con agilidad: el hábito de almacenar lo que nos servirá para más adelante, hace que no pensemos en ello hasta el momento oportuno, de tal forma que podemos centrarnos en lo que tenemos entre manos. Nos puede ayudar el mantener un montón de material *para clasificar*: en momentos de más cansancio, puede ser una buena tarea decidir dónde va cada uno de los documentos de ese montón.

Orden interior

El orden exterior es reflejo del orden interior de la tesis: lo primero que hay que tener claro es el índice, al menos en su nivel superior; es decir, partes y capítulos. Los niveles inferiores no hace falta que sean muy precisos: basta con que tengamos una idea aproximada del número de divisiones que vayamos a hacer. Este primer índice hay que someterlo al visto bueno del relator, y tenerlo siempre a la vista en las conversaciones con él. *Una advertencia: el número mínimo de divisiones de un nivel es dos; así, si el apartado A no se va a dividir en A.1 y A.2, no se introduce ningún subapartado.*

El índice es el esquema de nuestra tesis: como es sabido, un buen estudio de una

asignatura requiere esquemas que organicen las ideas que vamos a memorizar; del mismo modo, una buena investigación requiere esquemas que organicen las ideas que vamos a desarrollar. Estos esquemas —el índice, en primer lugar— nos permite saber dónde estamos y hacia dónde vamos: en el fondo, cuando se alaba la estructura de una tesis lo que se reconoce es que tiene un esquema claro, que se refleja en el texto final.

Aparte del índice impreso, es bueno hacerse esquemas de lo que queremos escribir: un consejo útil es hacerlos en hojas apaisadas, comenzando por el centro del margen superior. Así, se pueden ir abriendo hacia abajo, avanzando de una manera más o menos uniforme.

Cada una de las entradas del índice corresponde a una idea: cada vez más concreta. Así, el más general es el título de la tesis (*La correspondencia jurídica entre Newton y Leibniz*), el Capítulo 1 podría ser *Introducción histórica*, dividido en 1.1 *Isaac Newton*, 1.2 *G. W. Leibniz* y 1.3 *La doctrina jurídica europea del siglo XVIII*. Los otros capítulos quedan a la imaginación del lector: lo importante es darse cuenta que cada uno de ellos se divide a su vez en ideas, cada vez más concretas. Cuando se llegue al final de la página es probable que no tengamos más que el índice desarrollado. Es el momento de abrir un nuevo esquema, p.ej., para el primer capítulo. En estos esquemas se irá insertando el contenido de los montones.

Una última idea, que tiene que quedar grabada: este orden es la guía de nuestra escritura. Es más, la estructura que hemos dado a nuestras ideas es la que tenemos que ofrecer al lector. Al mismo tiempo, comprobaremos que según avanza la tesis, el índice original se modifica. Es normal: a pesar de lo que hayamos hablado en un primer momento con el relator, el tema de investigación impone su coherencia al doctorando; éste tiene que ser capaz de reconocer esta coherencia, adaptarse a ella y ofrecerla —sin el esfuerzo que le ha supuesto descubrirla— al lector

Redacción

El tercer elemento, por orden de importancia, es la redacción. En el orden cronológico, es el último. Tal vez por eso choque el consejo que voy a dar: **hay que empezar a escribir desde el primer día**. Esto no quiere decir que lo que escribamos el primer día se conserve en la redacción final. Simplemente, quiere decir que el primer día de nuestra investigación tenemos que tener ya un par de páginas en el archivo de nuestra tesis: aunque sólo sea la portada y el índice, ya es un avance considerable.

Dos avisos que pueden evitar muchas tragedias: 1) lo que se escribe, se escribe con corrección formal y 2) siempre se hace una copia de seguridad personal. **Siempre con corrección formal**: es decir, las citas se documentan correctamente, el formato que se aplica es el definitivo, el estilo, el que queremos dar a la tesis. El archivo de la tesis —o los archivos, depende de modos de trabajar— no es un buen sitio para esbozar ideas, apuntar inspiraciones, o insertar recordatorios. El trabajo se acaba. La razón de esto es muy sencilla: según crece la tesis, lo que se ha dejado a medias se pierde de vista, y termina por olvidarse... hasta que lo descubre el relator (mal: no es su trabajo corregir nuestras negligencias) o lo descubre el correlator (peor: puede significar un par de semanas extra de trabajo, que siempre llegan en el peor momento).

Siempre se hace una copia de seguridad personal: con la periodicidad que se quiera —diaria, o semanal, como mucho— hay que hacer una copia de lo más importante; por lo menos el archivo de la tesis. La copia ha de ser personal, y, en la medida de lo posible, estar a salvo

de lo que le pueda pasar al ordenador o a la red en la que se trabaja: una memoria portátil o, mejor, un correo electrónico a una cuenta externa es una solución muy buena y al alcance de cualquiera.

Antes de ponerse a escribir

Para escribir, tenemos que tener delante muy pocas cosas: el esquema de la sección que nos ocupa, la documentación pertinente —fuentes, notas, citas...—, un diccionario y una gramática —hay muy buenas opciones on-line, al menos para el castellano—.

El formato de la tesis

El formato que va a tener la tesis tiene que estar claro desde el principio: el objetivo es presentar un libro a un tribunal, y *el responsable de todo lo que hay en ese libro* —incluyendo la encuadernación— es *el doctorando*. Por eso, aunque algunos relatores prefieran recibir el texto en borrador, no es recomendable escribir en este formato: la experiencia demuestra que al pasar al formato definitivo hay que volver a revisar todo el texto. En consecuencia, es mejor pasar a borrador sólo la copia del relator.

Hay que pensar cómo serán la caja del texto, los márgenes del libro, los tipos de letra, los encabezados, los títulos, los modos de citar... hay que dedicar un rato resolver preguntas: ¿cuántos niveles va a tener la tesis: partes, capítulos, secciones?, ¿qué documentos voy a citar: Magisterio, un autor, revistas, obras colectivas...?, ¿qué abreviaturas usaré: me las voy a inventar o son abreviaturas tradicionales, muchas o pocas, evidentes o necesitan una explicación?, ¿qué quiero que aparezca en el encabezado?, ¿dónde va el número de página? Tener esto resuelto desde el principio facilita el trabajo, porque hace automáticas muchas decisiones: además, según la respuesta que se dé a cada pregunta, hay soluciones ya previstas por la tradición académica. En la bibliografía he incluido un *Manual de estilo de la lengua española* —muy técnico— en el que se indican algunos criterios útiles; también la página web <http://www.unav.es/gep/Metodologia/PaginaPrincipal.html> incluye sugerencias prácticas muy valiosas.

El doctorando tiene a su disposición plantillas, programas informáticos, bases de datos, etc., que son sólo herramientas; es decir, están subordinadas a un trabajo más eficaz. Antes de comprometerse con un sistema que no conocemos bien, hay que sopesar las razones a favor y en contra: si el uso, p.ej., de los índices automáticos se convierte en un problema, lo mejor es hacer el índice a mano. Si no tenemos un mínimo de confianza con las herramientas disponibles, habrá que dedicar un poco de tiempo a aprender cómo se maneja.

Comenzamos a escribir

El orden de escritura es el siguiente: capítulo 1, capítulo 2, etc., conclusiones, introducción, bibliografía e índice (definitivo). Dentro de cada capítulo se avanza ordenadamente: apartado 1, apartado 2, etc. La razón de dejar la introducción para el final es muy sencilla: en la introducción se trata de llevar al lector hacia nuestro problema, y hacia las conclusiones que hemos formulado; por tanto, hay que tener el problema desarrollado y las conclusiones escritas antes de introducir la tesis.

¿Qué es lo primero que hay que hacer? Poner sobre la mesa el esquema de lo que vamos a escribir: un esquema, recuerdo, en sentido literal, con sus flechas y sus ideas destacadas. Este esquema nos permite ver las ideas que queremos tratar, las dificultades que se plantean y el

paso de una a otra. También nos ayudará a seleccionar lo que nos servirá en ese rato de trabajo: hay que escribir con el material a mano, de tal forma que las interrupciones sean inexistentes o mínimas, en el peor de los casos.

Con el formato de la tesis pensado, el esquema de la sección que queremos tratar, nuestras notas y documentación, ya podemos lanzarnos al primer párrafo: evidentemente, antes hemos introducido el título de la tesis y el del capítulo —mejor que sean cortos y claros, por muchos motivos—.

Las primeras palabras

¿Y ahora, qué?, ¿qué es lo primero? Presentarse, como siempre: en este caso concreto, presentar lo que vas a tratar en la sección que tienes entre manos. *El comienzo tiene que atraer la atención del lector e interesarle por lo que sigue*: a través de un ejemplo, o planteando un problema hay que conseguir que quiera leer más. Y, casi inmediatamente, darle una serie de pistas para la lectura de las páginas siguientes: estructura que tienen, temas que se van a tratar, nombres que son importantes... lo que sea, con tal de que no se pierda.

Si se trata de comenzar un capítulo o una sección, hay que refrescar cuanto antes la memoria del lector: situarle en el conjunto de la tesis, para que pueda seguirnos con facilidad. Este ejercicio también es muy útil para el doctorando: muchas veces es este el momento de caer en la cuenta de que se ha ido por las ramas. Los libros se leen de izquierda a derecha: si para entender algo hay que volver hacia la izquierda, está mal escrito. En consecuencia, hay que acostumbrarse a situar al lector, haciendo explícito con frecuencia el tema que tratamos: un epígrafe sobre Leibniz tiene que recordar de quién estamos hablando, ya sea usando el nombre del filósofo, ya sea mediante una perífrasis familiar al lector, como “el autor de la *Monadología*”. Lo que no es aceptable es omitir sistemáticamente el sujeto, o sustituirlo por un pronombre o una fórmula demasiado genérica —ojo, por tanto, con el uso de *nuestro autor* en una tesis sobre la teología de la luz medieval en la que se estudian más de dos autores.

Frases y párrafos

Una idea, un párrafo

El secreto para escribir bien está en la simplicidad, y nada expresa mayor simplicidad que la división natural de las ideas. La forma natural de separar ideas —en un texto escrito— es con un punto y aparte. O, lo que es lo mismo, a cada idea le corresponde un párrafo.

Ahora viene otra idea, como es evidente: los párrafos no deben ser demasiado largos. El lector está en tensión hasta que llega al punto y aparte: da vueltas a una misma idea, y si ésta se prolonga demasiado, termina exhausto —o dormido—. ¿Cuál es la extensión idónea? Depende: pero dos o tres párrafos por página en una tesis es una referencia válida.

Los párrafos tienen una estructura interna: el comienzo tiene que ligar la idea que vamos a tratar con lo inmediatamente anterior. En las frases intermedias se desarrolla la idea que nos ocupa. Por último, en las frases finales se recapitula mínimamente lo dicho. Las frases de un párrafo se enlazan de dos formas: por su contenido —desarrollan la misma idea— y mediante marcadores textuales, que hacen avanzar la lectura (en primer lugar..., en segundo lugar...). *La cocina de la escritura* tiene un apartado dedicado a los párrafos que completa lo que se ha dicho en este epígrafe.

Frases lógicas

En el epígrafe anterior he señalado que los párrafos tienen una estructura interna organizada mediante frases: en consecuencia, hay que prestar atención a la forma de construir frases, de tal forma que ayuden a comprender la idea del párrafo. El punto de partida es el orden lógico de los elementos de la frase: en castellano, Sujeto + Verbo + Complementos, según el orden que nos parezca más claro[1]¹. Todo lo que se salga de esta estructura tiene que mirarse con lupa: aunque se trate de giros que den riqueza, estilo y variedad al texto, pueden complicar una idea que era fácil de entender. En consecuencia, antes de escribir una frase piensa: ¿cuál es el sujeto?, ¿qué le quiero predicar?

Las frases bien escritas se entienden rápido y son armoniosas: si hay que releer una oración, o nos parece desproporcionada, algo va mal. Estos errores —frases incomprensibles o desproporcionadas— pueden tener varias causas: vocabulario impreciso, niveles de subordinación estratosféricos, puntuación absurda...

El vocabulario tiene que usarse con precisión: evitar toda ambigüedad, empleando sólo términos que se entiendan. Lógicamente, que se entienda una palabra depende del autor: si el contexto no aclara lo suficiente, habrá que explicarla. Esto sucede siempre que se trata de un término técnico *ligeramente* peculiar: aunque nuestros lectores sean profesores universitarios, esto sólo garantiza que comprenden los términos corrientes de su especialidad, por tanto, todo lo que vaya más allá, hay que dejarlo claro. Si nuestro término técnico peculiar vuelve a aparecer más adelante, habrá que recordar lo que significaba: nadie tiene la más mínima intención de memorizar nuestra tesis; que no pierdan el hilo depende de nosotros.

La subordinación —y la coordinación— puede llegar a límites insospechados: Proust consigue llenar páginas con una sola frase, y hace muy bien; sin embargo, nosotros no queremos reflejar en la tesis los vericuetos por los que ha discurrido nuestro pensamiento. Al contrario, pretendemos evitar que el lector tenga que pasar por las penas que hemos sufrido para comprender las cartas que cruzaban Newton y Leibniz. Una buena tesis tiene que hacer fácil lo difícil, y una buena forma es controlar la extensión de nuestras frases: si es posible, sustituir subordinadas relativas por adjetivos, circunstanciales por adverbios y completivas por nombres. Si estas sustituciones no son posibles, hay que escribir con dedos de plomo.

La puntuación del texto escrito tiene que respetar la lógica de las frases: por ejemplo, no se puede separar el sujeto del resto de la frase, mientras que algunas partículas —como “es decir”— van separadas por una coma. Es importante darse cuenta de que es diferente el ritmo del habla del ritmo de las frases: en ocasiones se introducen pausas al hablar que no se recogen en el texto escrito.

Cómo terminar

Una unidad de sentido —un subapartado o un capítulo— se cierra con el resumen de sus ideas principales: puede hacerse planteando el problema que hemos presentado en los párrafos iniciales, apuntando los conceptos clave, y sintetizando las conclusiones. Para una buena comunicación es fundamental decir lo que se va a decir, decirlo, y decir lo que se ha dicho: más aún en una tesis, cuyo tema suele ser complicado y sigue un razonamiento bastante riguroso, donde un paso perdido significa la muerte.

¹ En latín, Sujeto + Complementos + Verbo. Señalo esto porque en las traducciones del latín —o de otros idiomas con la misma estructura— habrá que cambiar el orden de las palabras dentro de la frase

Revisar una vez más

La diferencia entre un texto aceptable y uno infame es directamente proporcional al número de revisiones. En la tesis, hay que tener en cuenta que a partir de la tercera o cuarta revisión se comienza a vislumbrar el mínimo de calidad exigible.

Hay varios tipos de revisiones: con una revisión superficial detectamos las erratas, los fallos gramaticales y, tal vez, corregimos algún término; otra, más profunda, nos permitirá mejorar realmente lo escrito. Esta es la revisión buena, la que marca la diferencia: por eso, hay que hacerla en frío, dejando pasar un tiempo desde que damos por cerrada la sección hasta que lo volvemos a leer.

Para revisar, por tanto, hay que esperar un poco: y una vez que ha pasado ese tiempo, ser muy crítico con uno mismo, haciéndose, al releer, una pregunta: ¿esto se entiende *perfectamente*? Hay que llegar al punto de afirmar, honradamente: “ya no lo puedo mejorar”. En ese momento, podemos pasar al siguiente tema: de todas formas, si volvemos a revisar el mismo texto unos meses después, encontraremos que sí lo podemos mejorar.

Las revisiones tienen que ser despiadadas: tachar todo lo que estorbe, por mucho esfuerzo que nos haya costado en su momento. Es —normalmente— un trabajo de simplificación: hay que lograr que se transparente el esquema, y que desaparezcan las dificultades. El principal defecto que hay que combatir es el orgullo: el apego a las frases redondas, a los giros sorprendentes, o a los términos rompedores. Muchos de los problemas de redacción se resuelven si pensamos en quién lo leerá: el autor de la tesis no tiene derecho a cargar a sus lectores con el trabajo que él no ha querido hacer. Una medida práctica es revisar siempre que vayamos a pasar el texto al relator, y siempre que éste lo devuelva con sus observaciones. Así se consigue la necesaria distancia y es más fácil tener presente al lector.

Documentación

El último elemento —en sentido jerárquico— de la tesis es la documentación: la recogida de materiales que sustentan nuestras opiniones. Se trata de una tarea que influye mucho en la valoración final: la calidad —más que la cantidad— de la bibliografía indican la profundidad con la que se ha investigado.

Lo primero que hay que tener en cuenta es el siguiente principio: **toda referencia bibliográfica se toma completa e íntegra**; es muy frecuente que los relatores adviertan de que hay que incluir más datos de un libro —o de una cita— de los que se habían incluido en la primera versión. Si no se ha tomado nota correctamente desde el primer momento, completar esos datos se convierte en una tarea que quita tiempo a otras más importantes.

Además, hay una serie de formas de citar propias de la especialidad o del autor que estamos trabajando: el modo en que se cita el Magisterio en Teología, tal vez requiera una explicación si se emplea en una tesis de Filosofía. Igualmente, un autor determinado —sobre todo si es uno clásico— puede haber originado una tradición académica que hay que conocer.

Las citas

Existen tres tipos de citas: literales, desarrolladas y de adorno. Las **citas literales** son frases o párrafos cuya importancia queremos destacar. A no ser que sean muy claras, habrá que explicarlas siempre, haciendo una introducción, o desarrollando su contenido. Muchas veces una tesis puede parecer una colección de citas de un autor, encadenadas prácticamente de

forma aleatoria. Este error, bastante común, hay que evitarlo como sea: las citas se incluyen sólo si son inevitables.

Las **citas desarrolladas** consiguen, precisamente, evitar la impresión de que nuestra tesis es un continuo copiar y pegar textos ajenos: son frases, párrafos o incluso páginas enteras que desmenuzamos para facilitar su lectura. Las explicamos con nuestras propias palabras, haciendo comprensible una idea que, tal vez, estaba expresada de un modo oscuro. Es el uso principal de la abreviatura cfr.: con esta fórmula —que significa *cónfer.* imperativo del latín *conferre* (comparar)— remitimos a un texto ajeno, del cual hemos extraído nuestras ideas.

Las **citas de adorno** son frases —pocas veces, o prácticamente ninguna, párrafos enteros— que dicen una idea *mejor* de lo que lo haríamos nosotros. Es importante que sea una expresión más afortunada que la que se nos pueda ocurrir, y que sea clara: en no pocas tesis, las citas de otros autores hacen la lectura imposible; si no se han elegido con mucho cuidado, rompen el estilo del texto, y no es raro que obliguen a repasar el párrafo. Incluso se han descubierto casos en los que la cita contradice la opinión del doctorando...

Literatura científica

Cada disciplina de conocimiento tiene unas fuentes fundamentales, que hay que conocer y manejar con soltura. También existen fuentes más específicas: las edición crítica de las obras completas de un autor, la primera publicación de un escrito, revistas dedicadas exclusivamente a un tema o área de investigación... Hay que saber cuáles son y conseguir acceso a las más importantes: por ejemplo, sería absurda una tesis sobre Leibniz que no tuviese en cuenta *Studia Leibnitiana*, o se limitase a una referencia superficial.

Una tentación frecuente es reducir la investigación a lo que está al alcance de la mano, llegando a contentarse con un trabajo mediocre. Esta actitud, que une la falta de profesionalidad con el desinterés por los que investigarán en áreas similares, es uno de los errores que más lastran el avance de la tesis: normalmente los relatores saben cuáles son las publicaciones autorizadas en su campo, y tienen noticia de las más recientes. Si aceptan dirigir una investigación, suele ser para que el doctorando acceda a estas fuentes y se familiarice con ellas: también confían en que éste tratará de encontrar nueva literatura, comprándola cuando sea necesario. En el fondo, éste es el modo de mejorar de la Universidad donde se cursan los estudios: adquiriendo libros, valorándolos y dando a conocer los más valiosos.

La literatura científica utilizada en la tesis se cita a lo largo del texto, y se incluye en la bibliografía: para facilitar esta tarea es muy útil fijar criterios claros desde el principio para las referencias. De acuerdo con el relator, hay que decidir qué sistema se va a usar: aunque haya criterios internacionales que es bueno conocer, no es obligatorio seguirlos, pues muchos sistemas se han desarrollado a partir de la investigación en ciencias experimentales y matemáticas, y no se pueden adaptar fácilmente a la investigación en teología, filosofía y derecho canónico.

La forma de citar y presentar la bibliografía es parte de la tesis: en la decisión influirá, sobre todo, la utilidad para el tema que se trata; también hay que tener en cuenta que en este caso es más verdadero que nunca el dicho “lo mejor es enemigo de lo bueno”. Demorarse en la elección del sistema de referencias lleva, en no pocas ocasiones, a terminar mezclando varios modos de citar: hay que decantarse por uno y ser muy estricto en su uso.

Consideraciones finales

Una tesis exitosa es una tesis eficaz: que diga lo que quiera decir, que se entienda sin problemas, y que sepa manejar con soltura sus fuentes. Para eso, sólo hay un truco que funcione realmente: pensar antes de dar cada paso. Si es un paso grande, se medita mucho, si es un paso pequeño, se medita tal vez más —pero más rápido—. Y estos pasos se piensan teniendo presente al lector de la tesis: hay que hacerle la tarea fácil, sin cargarle con los problemas que hemos tenido nosotros para comprender el tema que investigamos: lo mejor es avanzar poco a poco, garantizando que se entiende lo que queremos decir.

En el fondo, garantizar que se entiende lo que queremos decir —aunque pensemos que nuestra opinión no es importante— es una forma de humildad: nos adaptamos a los demás. Muchos libros de mérito pecan, precisamente, de falta de humildad: el esfuerzo que exigen al lector presupone que éste se tiene que interesar *necesariamente* por el contenido del libro. Sin embargo, este interés no está asegurado: tampoco si se trata de una tesis.

Por eso, es muy importante el orden: desde el primer momento hay que plantearse la investigación y la tesis como una tarea que se planifica, ejecuta y termina. La responsabilidad es del doctorando: él es el especialista en el tema concreto: el relator —y el correlator— simplemente ayuda a que el doctorando estudie e investigue, sin suplirle.

Bibliografía útil

No todo de todos los libros es aprovechable, ni todos los libros incluyen todas las fases de la investigación. Hay más bibliografía de este tipo repartida por el mundo. Que cada cual use la que le convenga, y que me lo haga saber para incluirla.

A.-D. Sertillanges, *La vida intelectual*, Encuentro 2003, *La vita intellettuale*, Studium 1998 y 1961, *The Intellectual Life*, CUA Press 1998 y The Mercier 1946 (200 pp.).

Barbara W. Tuchman, *Cómo se escribe la historia. Las claves para entender la historia y otros ensayos*, Gredos 2009 (350 pp.).

Daniel Cassany, *La cocina de la escritura*, Anagrama 1998 (255 pp.).

Jaime Nubiola, *El taller de la filosofía. Una introducción a la escritura filosófica*, Eunsa 1999 (248 pp.).

Jean Guitton, *A Student's Guide to Intellectual Work*, University of Notre Dame Press 1965, *El trabajo intelectual*, Rialp 1977, *Le travail intellectuel; Conseils à ceux qui étudient et à ceux qui écrivent*, Aubier 1951 (155 pp.).

José Martínez de Sousa, *Manual de estilo de la lengua española*, Trea 2001 (700 pp.).

Rafael Tomás Caldera, *De la lectura. Del arte de escribir*, Vadell Hermanos 2006 (77 pp.).

Rafael Tomás Caldera y Miguel Ángel González Diestro, *La formación intelectual.*

Antología, Asesoramiento y servicios Educativos 1971 (163 pp.).

Umberto Eco, *Come si fa una tesi di laurea*, Strumenti Bompiani 1977, *Cómo se hace una tesis*, Gedisa 2001 (150 pp.).

<http://www.unav.es/gep/Metodologia/PaginaPrincipal.html>